

INTRODUCCIÓN

POR DARIÓ VALCÁRCEL LEZCANO

Una de las características negativas del momento actual español es la ausencia de verdaderos estudios; la falta de análisis y documentación solvente en torno a conflictos como el que se analiza en estas páginas. La crisis de la antigua Yugoslavia, la ocupación y subsiguiente limpieza étnica llevada a cabo en un nuevo Estado soberano, Bosnia-Herzegovina, de apenas 4.000.000 de habitantes, afecta directamente a España: no sólo a su política exterior y de seguridad sino a su cotidiana vida militar, con más de un millar de soldados en aquel teatro de operaciones.

En el estudio realizado por uno de los grupos del Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE) a lo largo del curso 1993-1994 sobre la guerra de Bosnia se cruzan siete grandes asuntos:

- 1. El fenómeno de los nacionalismos étnicos.*
- 2. La naturaleza de la comunidad musulmana en los Balcanes.*
- 3. El papel de las instituciones europeas de defensa.*
- 4. La política de las grandes potencias en la zona.*
- 5. La mediación de la ONU y de la CE.*
- 6. Las operaciones de mantenimiento de la paz.*
- 7. Último pero importante, el bloqueo a Serbia, con sus éxitos y fracasos.*

Un lector español que repasara los trabajos presentados obtendría una cantidad considerable de información sobre el conflicto, en parte original, sobre el conflicto: nos hallamos ante un proceso que se ha agudizado gra-

vemente en el momento de redactar estas líneas de introducción, diez meses después de empezar la preparación del trabajo que presentamos.

Es necesario recordar que el estudio encargado a comienzos de 1994 por el IEEE debía limitarse a los años 1992-1993. Este marco temporal impedía entrar en acontecimientos posteriores pero decisivos que han transformado la naturaleza de esta guerra, pequeña en sus dimensiones estratégicas pero de consecuencias muy graves para la estabilidad de Europa. En 1992-1993, el conflicto parecía saldado en el terreno militar a favor de los serbios. Los hechos han demostrado que ese juicio era precipitado. Durante los primeros diez meses de 1994 se han producido desarrollos todavía mal conocidos. Estados Unidos ha aumentado su papel en la región: ha pedido que se mantenga el embargo a Serbia, pero ha levantado el bloqueo a Bosnia. El Gobierno musulmán de Sarajevo se ha revelado como un resistente tenaz. Sin embargo, la abrumadora superioridad de los serbios en armamento pesado hace repetir a distintos observadores que la confrontación militar está ya saldada en contra del Gobierno de Sarajevo. Por otra parte, la comunidad internacional ha empezado a diferenciar a agresores y agredidos. La suprema instancia jurisdiccional creada para juzgar los crímenes de la limpieza étnica ha imputado esos delitos en una inmensa mayoría de los casos a uno solo de los bandos.

En este otoño de 1994 hemos podido comprobar algo que probablemente ocurre desde meses atrás: la creciente implicación exterior, de un lado y otro, en las grandes operaciones militares. Los expertos enviados por los servicios de inteligencia americanos y rusos han articulado la llegada de material militar a través de las permeables fronteras serbias y bosnio-croatas; asesores extranjeros han entrenado a fuerzas de elite en uno y otro bando; y lo que es más importante, han facilitado información al mando militar de ambos contendientes. La creciente vinculación de varios gobiernos occidentales al conflicto coincide con el deterioro de la situación rusa y por ello la necesidad de Yeltsin de evitar públicas cesiones de influencia exterior. Se extienden al mismo tiempo ciertas evidencias: si la superioridad militar de los serbios de Bosnia fuera incuestionable, esta guerra habría terminado hace tiempo. Sabemos todavía muy poco de la formación ex-novo, del Ejército de Bosnia; tampoco hay datos claros sobre la división, últimamente agravada, entre serbios de Belgrado y serbios de Pale.

Todas estas imbricaciones de unos procesos con otros muestran la complejidad del entramado y la necesidad de extremar la prudencia a la hora de emitir valoraciones definitivas. Es probable que el conflicto originado por la desmembración de la Yugoslavia de Tito esté tan sólo en sus comienzos. La

evolución de la guerra entre serbios y musulmanes puede dar todavía giros imprevisibles.

Por eso cobra especial utilidad un trabajo como este del IEEE, en el que encontramos algo tan escaso en los medios españoles: estudio de las fuentes, selección de documentos fiables, testimonios veraces. Y sobre todo ello, horas de estudio, meses dedicados al esfuerzo metódico y paciente.

El trabajo de Alejandro Klecker es un análisis de los antecedentes históricos del conflicto. Opinar sobre la sangrienta secesión sin un conocimiento suficiente de la historia balcánica es un modo seguro de caer en el mundo de la interpretación superficial de esta guerra. Hay pocas opiniones del autor en este trabajo, casi todas ellas fundadas («la ceguera política europea ha quedado en evidencia»). Pero hay sobre todo documentos cotejados: la formación de la nación serbia, el antiguo y arraigado sentimiento ultranacionalista de algunas minorías, el papel histórico del Imperio Turco, el juego de equilibrios mantenido durante diez siglos por la casa de Habsburgo; el papel de las religiones y la debilidad de la Iglesia ortodoxa, con su escaso predicamento en la población. Este primer capítulo contiene también un análisis sobre los riesgos de extensión de la guerra a Kosovo y Vojvodina junto a la valoración de un dato: el presidente de Bosnia, Alija Izetbegovic, fue elegido democráticamente en 1990, mientras los líderes serbios de Belgrado o de Pale nunca se han sometido a un proceso electoral con garantías.

Klecker se detiene también en otros problemas mal estudiados. Por ejemplo, el hecho de que Serbia fuera expulsada de las Naciones Unidas, caso sin precedentes en los 50 años de vida de la organización. Para explicarlo el autor ofrece un argumento: los distintos casos de genocidio, de los que nadie está limpio, fueron sin embargo planificados y dirigidos con intencionalidad previa por Belgrado. Otra conclusión: el desconocimiento histórico de los Balcanes hizo que los políticos no fueran capaces de apagar el fuego al encenderse la primera brasa.

La exploración realizada por Carlos Echeverría en la descripción de la comunidad musulmana de Bosnia resulta particularmente útil: se destaca la complejidad de esa población y el hecho de que los musulmanes bosnios sean étnicamente eslavos, como los serbios:

«Los serbios han propagado una mentira histórica sobre el origen turco de los bosnios cuando en realidad la minoría turca de Yugoslavia fue expulsada a Turquía: hoy la población de origen turco apenas alcanza los 10.000 habitantes, concentrados principalmente en Macedonia».

El autor entra en un terreno deslizante pero de máximo interés: el riesgo de que el conflicto pueda transformarse en un ataque al islam, como en distintos foros se ha advertido ya (Yemen y Marruecos). Hay previsiones preocupantes, por ejemplo, la alianza posible de Macedonia con Turquía y la movilización del Gobierno griego ante tal perspectiva.

En el capítulo que Ignacio Cosidó dedica al papel de las instituciones europeas en esta guerra, se establecen dos conclusiones claras:

«Las instituciones no son nada si los Estados eluden los compromisos, no están dispuestos a asumir los costes o mantienen divergencias sobre las acciones ha emprender. La pasividad inicial en este conflicto es el resultado de todo ello».

Y más adelante:

«La lección resulta especialmente importante porque Yugoslavia no será la última crisis a la que debemos hacer frente los europeos».

El autor cree que los occidentales en general y los países de la Unión Europea Occidental en particular han cometido errores muy graves, dejándose arrastrar por un elemento, el tiempo, de imparable peligrosidad:

«Cuanto menor sea el tiempo de reacción en un conflicto de tipo étnico, mayores son también las posibilidades de éxito y menor será el coste de la intervención».

Manuel Fernández Moriche considera cuestionable el criterio inicial de Estados Unidos al considerar que éste era un conflicto exclusivamente europeo, en nada relacionado con sus intereses vitales como superpotencia. Es posible que esa línea de análisis haya cambiado, tal como nos deja ver la postura de la Administración Clinton decidida a levantar el bloqueo de armas a Bosnia (otoño 1994). Una consideración sobre Rusia:

«Si no parece muy atrevido el calificar como confusa la situación política, económica y social de la Federación Rusa en los últimos años, posiblemente sea en sus relaciones externas donde el galimatías presente mayor complejidad». «Rusia muestra un claro apoyo a la política de sanciones político-económicas puesta en práctica por las Naciones Unidas cuando percibe con absoluta claridad los fines perseguidos». No cabe olvidar que «El Gobierno ruso sostiene la creencia de que cualquier política de sanciones lleva pareja una actividad militar, en la que se incluye el despliegue de Fuerzas de Mantenimiento de Paz». «Aunque con importantes mermas, Rusia sigue siendo una po-

tencia mundial de primer orden. La influencia, cuando no injerencia, ejercida en el pasado reciente, exige que sus opiniones sean tenidas en cuenta».

Belén Lara ha estudiado el proceso de mediación de la ONU y de la Comunidad Europea en los años 1992-1993. Las palabras finales de su artículo resumen claramente la frustración de una empresa de mantenimiento de la paz que comenzó a fracasar hace ya dos años:

«La abnegación de los cascos azules, esos muchos británicos, franceses, españoles, holandeses y otros hombres y mujeres europeos que han servido valientemente en el conflicto yugoslavo no ha paliado la sensación de que cada uno de los países comunitarios tiene su propia agenda y de que la política europea de seguridad, como tal, no existe».

Vicente Garrido se centra en el seguimiento de dos distintas clases de operaciones: mantenimiento de la paz y acción humanitaria, así como en la definición de la nueva terminología internacional acuñada en torno a la cambiante realidad de esta guerra. Este trabajo queda completado por la relación de operaciones de bloqueo y negación del espacio aéreo, de la que es autor Manuel Morato.

La doble conclusión que se impone al terminar la lectura nos sitúa de una parte ante el deber moral de estudiar los antecedentes y la evolución última de la guerra. Incontables vidas humanas se han perdido gratuitamente por la improvisación o la ligereza de actores exteriores —occidentales o no— presentes en el conflicto cuyos mandos han tomado decisiones con defectuosa información. La segunda enseñanza que hay en estas páginas puede resumirse así: no es posible hacer valoraciones simplificadoras en un conflicto de tal complejidad; pero no es lícito medir a todos, agresores y agredidos, por el mismo rasero. No es lícita la discriminación de la ayuda humanitaria, puesto que no hay colores ni etiquetas en el sufrimiento, y todos merecen la misma solidaridad; pero no cabe equiparar la legitimidad democrática de gobiernos libremente elegidos con la de los dirigentes que basan su liderazgo en la fuerza. Todas las reivindicaciones deben ser recibidas y estudiadas; y todas deben recibir respuesta. Pero los derechos históricos sobre territorios no pueden servir de pretexto para el retorno de ese fenómeno execrable que es la exclusión racial.

EL COORDINADOR DEL GRUPO DE TRABAJO